

SUBESTIMACIÓN DEL PASADO Y MANÍA DE LO NUEVO

Por GIORGIO DEL VECCHIO,
Profesor emérito y ex-Rector
de la Universidad de Roma*

La subestimación del pasado y la manía de lo nuevo, son dos vicios que, en el fondo, se reducen a uno solo; y están de tal manera difundidos y son tan generalmente aceptados, que por lo común, no se consideran como vicios sino como hábitos naturales y legítimos. No obstante tienen consecuencias graves en la vida individual y social y si se llegara a corregirlos, derivarían de ello no pocas ventajas. Algunas simples observaciones serán suficientes para demostrarlo.

El interés de los hombres, por lo general, se reduce casi exclusivamente a las cosas que los circundan en el momento presente y que están al alcance de sus sentidos. Se considera que no vale la pena ocuparse de aquello que pertenece al pasado y, sólo por excepción, cuando existen poderosos motivos, se llega a tenerlo como digno de tomarlo en cuenta.

Dos son, evidentemente, las causas de este triste fenómeno: la apatía mental, por la cual la mayoría de los hombres se preocupa de aquello que proporciona o parece proporcionar una inmediata utilidad y el prejuicio generalizado de que el pasado es, en absoluto, inferior al presente. Prejuicio inveterado pero falso, como resulta evidentemente de las antiguas obras maestras que poseemos hoy en día, por ejemplo, en el campo de la filosofía, de la poesía y de las bellas artes. Si algunas verdades luminosas cuya afirmación se hizo en el pasado, especialmente en materia religiosa, son todavía honradas y respetadas, se debe sobre todo al esfuerzo de la Iglesia por reafirmarlas cada día. Si algunos monumentos de los siglos lejanos son admirados todavía, ello se debe al hecho innegable de que su belleza está, por así decirlo, al alcance de los ojos.

* Traducción de Miguel R. Ortega con la autorización expresa del autor.

Es muy fácil demostrar cual sea hoy, en general, y salvo raras excepciones, el estado de cosas. Parecería natural que cada quien debiera tener un cierto interés en conocer, si no la historia del propio o de los otros países, por lo menos la de su propia familia; sin embargo no es así, el recuerdo de los antepasados más allá de la segunda generación no sobrevive. Sólo ciertas familias que se consideran aristocráticas lo conservan. Si se interrogase a cientos de personas sobre las profesiones ejercidas por sus bisabuelos, posiblemente sólo dos o tres estarían en grado de responder. Las mismas cartas y los documentos personales, cuando no se trata de hombres celeberrimos, son casi siempre destruidos a la muerte de los respectivos sujetos. ¿Por qué no se deberían conservar al menos aquellos de personas que hayan ejercido algún oficio o efectuado algún hecho que de alguna manera tenga algo de notable? ¿Costaría mucho recoger aquellos elementos biográficos en un archivo siquiera fuera al cuidado de alguna comunidad o municipio? ¿Y no podrían aquellos datos ser precisos para quien deseara hacer particulares estudios e investigaciones aun a la distancia de los tiempos? Quien quiera, por ejemplo, saber dónde están las tumbas de personas que en alguna forma sobresalieron —aunque repetimos no sean celeberrimas— difícilmente podrá obtener tales noticias.

Se dirá y es lastimosamente verdadero, que ya los archivos existentes son muy raramente consultados como material de estudio y están, aun en gran parte, vírgenes a la investigación, aun cuando sin duda alguna contienen inapreciables tesoros; esto confirma, pero de ninguna manera excusa, el fenómeno del menosprecio hacia lo pasado.

Para ilustrar los hechos del día ayudan, como es obvio, los periódicos cotidianos y semanales. Y que sea útil nadie pretende negarlo. Pero puede observar que aquellos periódicos —o al menos la mayor parte de ellos—, se difunden con superabundancia de particulares sobre cosas fútiles y con frecuencia malsanas, incitando así pasiones vulgares que deberían ser, por el contrario, sofocadas. La prolijidad es en sí misma un grave defecto y lo es más cuando sale de los linderos de la moral y de la cívica educación. Misión de la prensa periódica no es solamente la información sino, antes bien, la propagación y el cultivo entre el pueblo, de aquello que puede ayudar al bien común.

Muy escasa atención dedican casi todos los periódicos a las obras de doctrina y de ciencia y menos a sus autores, cuando no sea para ocuparse de circunstancias extrínsecas o de particulares aspectos personales. Se aduce como justificación, el poco interés del público por obras de esa naturaleza y hasta la poca disponibilidad de espacio; pero en verdad el interés no faltaría por lo menos en buena parte del público y el espacio se encontraría fácilmente si fuera reducido aquello que, casi sin límite, se concede a espectáculos pugilísticos y a todas las incidencias eróticas de actores y actrices.

El daño que deriva de todo ello es tanto mayor cuanto que, a la lectura de periódicos, se dedica hoy, por lo general, más tiempo que a la lectura de libros. Aun obras de un valor indiscutible no merecen en la actualidad el interés sino de unos pocos, sólo porque no tienen aquello que es, a los ojos de la mediocridad, el máximo atributo: la novedad.

El escaso o absoluto desconocimiento de esas obras hace que no pocos escritores repiten y publican (tal vez en propia ventaja, pero no ciertamente de la ciencia) estudios hechos ya, tal vez con mayor profundidad, por otros pensadores. Esto se nota aun haciendo omisión de los casos de plagio, algunos de los cuales aparecen hábilmente encubiertos.

La cultura, de esta manera, avanza muy precariamente o decae. Se imprimen, es cierto, libros en abundancia, pero muchos de ellos persiguen propósitos de celebridad u otros fines menos elevados. Sin embargo no faltan, por fortuna, autores serios que se inspiran en altos ideales y en los variados ramos de la cultura marcan verdaderos hitos de progreso. Pero estos autores son precisamente los que han estudiado profundamente las obras de sus predecesores.

Es lamentable que sea más numeroso el grupo de aquellos que desdeñan la lectura de los clásicos y de las obras que no sean recientes, demostrando muchas veces por simple snobismo, su conocimiento sobre aquellos autores en ese momento de moda. En muchas cosas, por exagerada inclinación a lo nuevo (neomanía), se han abandonado todos los precedentes de algún valor, consagrados por el uso, para adoptar formas decadentes. Así, en la música se ha preferido especialmente para las danzas, sonidos de

raíces bárbaras captados de las tribus africanas y se han preterido melodías de cadencias más nobles y estéticas. En la literatura, se hace desprecio del ritmo y de la rima y se hace la presentación de poesías que nada poseen de poético y que sólo son trozos de prosa, a veces sin interna armonía; pero hay tal desvío en el gusto, que tales seudopoesías encuentran editores, comentarios laudatorios y hasta premios. En la pintura se hace hoy en día una acelerada deformación del arte sublime de Rafael y de Leonardo.

Hay un campo en el cual, como todos saben, la moda tiene un dominio incontrastable imponiendo cada año, para beneplácito de algunos fabricantes de ropa especialmente femenina, cambios en las medidas y en las formas, con el propósito evidente de obligar a quien acepta aquellas volubles imposiciones (que son desgraciadamente casi todos), a hacer a un lado la vestimenta ya adquirida para obtener la nueva. Que ello sea solamente un inútil desperdicio es manifiesto, pues la absoluta volubilidad no puede ser un provecho. Los antiguos griegos y romanos escogieron y mantuvieron vestidos convenientes a sus condiciones de vida, así hoy de conformidad con el cambio de exigencias, otras formas pudieron o podrían todavía adoptarse, pero no de conformidad con el vano y suntuario capricho de los dictadores de la moda, sino por constantes y serias razones.

No puede aprobarse el culto que se concede a aquella inconsculta dictadura, especialmente por las personas amantes del lujo, que dedican a su cuidado tiempo y fondos mayores de los necesarios, porque este tiempo y dinero con mayor justicia deberían ser dedicados a obras benéficas y de proyección social.

En lo concerniente a las artes y a las letras, la edad nuestra no ha producido obras superiores a aquellas de los pasados siglos, posiblemente porque ya habían alcanzado la más alta cima de la perfección.

En la filosofía y en la política muchas verdades fundamentales puestas en luz por grandes pensadores, han estado y están todavía fuera del conocimiento de muchos o han sido combatidos con saña. Han resurgido así con nueva forma, antiguos y no pequeños errores, como por ejemplo, la tesis de que la política sea superior a la moral o independiente de ella; tesis que tuvo, como es sabido, su máximo exponente en Maquiavelo, y fue después

configurada a su modo, con abierto menosprecio de la moral, por Nietzsche y más recientemente por aquel erudito pero mediocre filósofo: Benedetto Croce. Nadie puede maravillarse que esta tesis haya sido acogida por los tiranos y gobernantes absolutos que ofendieron a la justicia y a la libertad en grado tal que resulta superfluo subrayarlo.

Otro error tan ampliamente difundido ahora y proclamado como verdadero dogma que justificaría la lucha entre las clases sociales para instaurar el dominio del proletariado contra los principios del Estado liberal, es la tesis del materialismo histórico —o materialismo dialéctico formulada por Marx—. La difusión de esta tesis —a pesar de que su fundamento erróneo haya sido demostrado con meridiana claridad— deriva, más que de su aspecto de novedad y de su apelación a los bajos móviles del alma humana, del hecho que haya sido acogida como enseña de un partido político; y todos sabemos cómo ahora los partidos imponen a sus afiliados una rígida disciplina con marginamiento absoluto del raciocinio individual. Los daños y peligros que resulten de ello para el recto funcionamiento de los órganos del Estado y aun para la paz en el ámbito interno y hasta en las relaciones diplomáticas, son tan evidentes que no ameritan un análisis prolongado de estos extremos. Advertimos solamente que la neomanía o el snobismo y el sentimiento multitudinario (“como le pecorelle escon dal chiuso... e cio che fa la prima, e l’altre fanno”), se asocian aquí concurriendo a determinar la crisis que turba hoy la vida de varios pueblos.

Si analizamos los hechos que sumariamente hemos señalado, a los cuales muchos más se podrían añadir, debemos concluir que la historia humana no es, como ha parecido a algunos y todavía muchos lo creen, una serie de continuos progresos, sino un cuadro complejo en el cual luces y sombras se alternan, así como las evoluciones con las decadencias y las involuciones. Y hasta es frecuente que las dos especies opuestas de fenómenos se verifiquen a un mismo tiempo en un pueblo, en los diversos campos de actividades. Que en la edad moderna la técnica haya avanzado con numerosas invenciones, está fuera de duda; pero también es cierto que si las industrias han sustraído de ello gran ventaja, también la delincuencia se ha valido de aquellos mismos inventos en forma que hoy se realizan delitos que hubieran sido imposibles en otras



FACULTADES Y LIMITACIONES DE LAS CONVEN- CIONES CONSTITUYENTES Y REFORMADORAS DE CONSTITUCIONES

PARA SERVIR DE INTRODUCCION A UN CURSILLO*

Prof. SALVADOR M. DANA MONTAÑO

Las flagrantes violaciones de principios fundamentales y de normas legales, más o menos claras y expresas, las injusticias de toda clase, y la alteración de los preceptos que rigen la vida política del país, no reconocen, en último término, otro origen, más que una gran ignorancia sobre la materia. Lo que los filósofos llaman "la ignorancia del elenco" está muy difundido en derecho público, y especialmente, en el derecho público positivo, o vigente. [Las disposiciones de derecho constitucional son, a menudo, incompletas, poco claras, favoreciendo así las interpretaciones arbitrarias y lo que alguna vez he llamado las actitudes "pilatunas" de los órganos llamados a resolver los conflictos y las lagunas del derecho, que favorecen la prevalencia de la "razón de Estado", que con frecuencia no es nada más que la conveniencia del Delfín.] Las universidades, por su parte, no contribuyen, o contribuyen muy poco, por muchas razones, a esclarecer conceptos, difundir ideas y doctrinas ortodoxas, con relación al ordenamiento constitucional y positivo, en general, y las teorías más disparatadas y absurdas se escuchan en las aulas de estudios superiores, se leen en los editoriales de la llamada prensa "diaria", y en los diarios de sesiones legislativas, en los fallos de los más altos tribunales y en los libros de los autores más reputados. Y así andan las cosas.

La preterición de los estudios de Ciencia Política, que son los que deben proporcionar criterios valorativos de las instituciones, la aplicación de métodos inadecuados a la naturaleza del fenómeno político, que tiene tan particulares peculiaridades, como acaba

* Desarrollado por el autor a fines de mayo de este año, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Católica de Buenos Aires.

épocas. El perfeccionamiento de las armas ha hecho que las guerras modernas superen en sus estragos a las antiguas. Por eso es tan grave la culpa de quien promueve acciones bélicas sin justas razones.

Por todo esto, sin abandonarnos a fatuas ilusiones ni a inertes desesperaciones, debemos confiar que la razón ínsita en el espíritu humano, evolucione y prevalezca, a pesar de temporales eclipses y regresos, ya que solamente siguiendo los dictados de la razón, el género humano podrá obtener justicia plena y segura paz. Para la consecución de este fin debemos prepararnos, aunque sean débiles las fuerzas nuestras y aparezca lejana la ansiada meta.